co, regando con sus lágrimas la encanecida barba, y fijando tal vez los ojos en el cielo con la mas viva espresion, iba infundiendo nuevas esperanzas en sus compañeros; y apénas pusiéron los pies en el navío, viéron tendido boca abajo sobre un lecho, á un mancebo que apénas podia respirar. Míranlo atentamente Andrónico y Parimando, y como si un mismo espíritu les moviera los labios, esclamáron: ¡eterno Dios! ¡cuan infalibles son vuestras promesas! y diciendo esto, se abraza An-

drónico con el mancebo, báñale el rostro con sus alegres lágrimas, llámale repetidas veces con el dulce nombre de hijo, y tanto le estrecha entre sus brazos, que parece queria infundirle el mismo espíritu que le animaba. Valdemaro, hijo mio, le dice, hijo mio Valdemaro, ¿es posible que os vuelvo á recobrar? ¿que os aprieto contra mi anciano pecho?... Dinamarqueses, este es vuestro rey.

Como cuando una madre viuda y desconsolada recobra de improviso al

hijo único, que la cruel fortuna le habia arrebatado en la flor de su edad, dulcemente enagenada, no sabe como espresar el contento que la inunda; del mismo modo, transportada la tripulacion, no sabe como manifestar el golpe de alegría que sintió, viendo en el navío al mismo Valdemaro, que poco ántes lloraba sin consuelo. Unos arrojan al viento los sombreros, otros disparan la artillería, estos se encaraman por los palos á coronarlos de grímpolas y gallardetes, otros se zambu-

llen en el agua para desahogar su alegría, y todos por diferentes maneras, procuran manifestar el contento que les cabe.

Tan alegre estrépito acabó de infundir en el corazon de Valdemaro los espíritus que habia perdido. Comienza á mover los brazos, abre los ojos, mira como estático á los circunstantes, y dice: ¡que es lo que veo! ¿vivo yo aun? ¡que nuevos semblantes son estos! Parimando... Andrónico... pero y ¿mi hermana? ¿que se ha hecho mi hermana? ¿vive?

Sí, dulce hijo mio, vive vuestra hermana, respondió Andrónico: ¿por ventura podia faltar el cielo á sus promesas? no era posible. Volved vuestros amables ojos hácia todas partes, y os veréis rodeado de vuestros fieles vasallos los venturosos dinamarqueses, que han venido solícitos á buscaros, viéndose libres del insufrible yugo de vuestro hermano, que miserablemente se dió la muerte.

¡Que escucho! ¿Cristerno es muerto? preguntó Valdemaro. Sostenedme, amado Andrónico, apoyad-

me sobre vuestros brazos... no es tan feliz esa nueva, como imaginais. ¡Infeliz hermano! digno eres por cierto de muerte tan desastrada, pero yo te compadezco. ¿Puedo dejar de sentir tu desgracia? No, no se ha estinguido todavía la dulce llama, que la naturaleza enciende en los corazones de dos hermanos. Cristerno, desgraciado Cristerno... ¡Ó gran Dios! ¿cuan miserable es el hombre, cuando le abandonais á la ceguedad de sus pasiones? ¡Que dias de horror y de tinieblas!...

Lamentad su desgracia, dinamarqueses, sentid que Cristerno se hubiese hecho digno de muerte tan desastrada.

Dicho esto, se reclina otra vez sobre el lecho, y da libre curso á sus lágrimas; pero acordándose al instante de su hermana, se levanta de improviso, y deseoso de ver la situacion en que se hallaba, ordena pasar al navío de Parimando. Hállala desmayada todavía, tómala en sus brazos, báñale el desfallecido rostro con sus lágrimas, y se restablece. Abre los ojos,

y viéndose en los brazos de su hermano, dice como quien acaba de dispertar de un profundo sueño: ¡ay de mí! ¡que violencia! ¿estoy dispierta ya? ¡que sueños tan funestos! Ahora poco hace, ó hermano, apénas me rendí al sueño, ví levantada una tan furiosa tormenta, que ni podian maniobrar los marineros, ni les quedaba esperanza de salvarse. Embravecióse por instantes, y subiendo las enfurecidas olas hasta la cubierta del navío, se os lleváron tras sí á sus abismos. Quíseme arrojar tam-

bien para morir en vuestra compañía, no lo consintiéron estos caballeros, y me quedé oprimida de dolor tan vehemente, que aun ahora parece que lo estoy sufriendo en el alma: y me hubiera quitado la vida, á no dispertar tan pronto, y ver que ha sido ilusion. Esta sencilla relacion de Ulrica-Leonor hizo correr lágrimas de alegría por los rostros de los circunstantes, viendo que tenia por ilusion lo que habia sido realidad.

Despues de esto, la informó Andrónico de todo

lo sucedido en Dinamarca, y le hizo saber, como el capitan Lobdrock habia llegado poco ántes con la noticia, juntamente con la comision para buscar á Valdemaro y conducirlo á Dinamarca, que ansiosa lo esperaba para ceñirle la corona. Pero queriendo Valdemaro saber los motivos de la funesta muerte de su hermano, rogó á Lobdrock que los refiriese con puntualidad, como lo hizo inmediatamente en esta forma.

Ya sabeis como colocado Cristerno en el trono que usurpó con escandalosa

violencia, comenzó á trastornar el buen órden que habia en Dinamarca. Viéronse abatidos los hombres de probidad, ensalzados los infames aduladores, repartidos todos los cargos entre la gente de corrompidas costumbres, tratados con ignominia los personages mas zelosos del reyno; en una palabra, se viéron desterrados los Andrónicos, los Hiarnes, y puestos en fuga los Gesneros, los Halleres y demas ministros, que sostenian con rectitud la corona sobre la cabeza del grande Heroldo.

¿Que felicidades podia prometerse el pueblo de un rey tiránicamente intruso, que no sabia estender la mano sino para oprimir? Todos aparecian temblando en su presencia, porque en vez de aquella magestad agradable que deben respirar los soberanos, se veian estampados sobre su frente el ceño y la fiereza: ni aun aquellos que lograban su privanza, tuviéron jamas la fortuna de verle sin sobrecejo.

La religion y la política, que inspiran benignidad para perdonar flaque-

zas, zelo para reprimir escándalos, y una sabia sagacidad para establecer un trono mas importante sobre los corazones de los vasallos, fuéron desterradas de palacio. El espíritu de justicia y de verdad, que es la brújula de los soberanos, huyó léjos del trono, y lo abandonáron la prudencia, la equidad, la dulzura y demas gracias que constituyen un príncipe agradable á Dios y á los hombres.

¿Como podria sufrir Dinamarca tan abominable rey, cuando acababa de perder al amable Heroldo?

Dinamarca, que esperaba ver reemplazado por Valdemaro el trono que iba á desocupar sosegadamente su anciano padre, ¿como podria sufrir el tirano yugo de Cristerno? Dinamarca comenzó á pensar seriamente sobre su esclavitud, y observó á breve tiempo, que podia sacudirla sin dificultad, porque aquellos ministros aduladores, que él mismo habia elegido, se quejaban ya de su infelice suerte. Enormemente oprimidos bajo el terror que les infundia una cabeza feroz, estaban resueltos á fo-

mentar cualquiera empresa facciosa, que pudiera conspirar á su ruina.

No tardó mucho á herir los oidos del rey el infausto eco de este sordo rumor, ni tardáron á atormentarle con mas crueldad los remordimientos de su conciencia. Aun mas que el bien fundado rezelo de alguna sublevacion, le atemorizaban su padre muerto y su hermano infamado. En vano doblaba las guardias, en vano esterminaba á los que mas temia, porque cuanto mas escesos cometia su ferocidad, tanto

mayores eran los remordimientos que le despedazaban. Las guardias podian tal vez librarle de alguna tropelía del feroz vulgo, mas no calmar sus temores, ni desvanecer las horribles visiones que le espantaban. Ó fuese efecto de su dañada fantasía, ó fuese realidad, se dice que veia repetidas veces en el cielo sobre su mismo palacio, un horrible cometa con la figura de una espada, y que al mismo tiempo oia espantosas voces en el ayre, que le amenazaban con su ruina. Lo cierto es, que

el infeliz Cristerno, antes que esperimentase ninguna rebeldía en sus vasallos, se pasó el infame pecho con su espada; y lanzó su abominable alma envuelta en la sangre que le salia por la herida.

Los dinamarqueses, viéndose libres de tan tirana opresion, comenzáron á respirar con desahogo; y sin pensar mas que en la feliz quietud que iban á recobrar, salen ansiosos en busca de Valdemaro y de su hermana. Cada uno va por su parte, deseoso de ser el feliz descubridor, y pues

yo he tenido la fortuna de serlo, justo es que de nuevo lo publique.

Dijo: y haciendo la señal, comenzáron otra vez los marineros á disparar la artillería, y hacer otras demostraciones del contento que les inundaba. Luego se hiciéron á la vela ambos navíos, y en breve llegáron á Copenhague, donde fué recibido Valdemaro con general aplauso, y coronado despues entre el alborozo y aclamaciones de toda Dinamarca.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

FIN DEL SEGUNDO
Y ÚLTIMO TOMO.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Teodosia
Martinez